

limosna. Díjola la virgen, que diese las manzanas á aquellos pobres: y la mujer, ó por asco, ó por miseria, no se las quiso dar, y respondió, que para ella y para sus monjas, nó para los leprosos, habia traído las manzanas. Reprendióla Brigida, y con espíritu profético le dijo, que en castigo de aquel pecado se secarian los árboles de su huerta, y perpetuamente serian estériles; y así fué. Una mujer flaca, y ruin parió un hijo, y para cubrir su maldad echó la culpa á un santo obispo, diciendo, que habia concebido de él. Llamóla Sta. Brigida, y preguntóla, cuyo era aquel hijo; y ella con mucha desenvoltura y desvergüenza, dijo, que era del obispo. Entonces Brigida hizo la señal de la cruz sobre la boca de la mujer, y al momento se le hinchó la lengua y la cabeza. Hizo asimismo la cruz sobre la lengua del niño, y preguntóle, quien era su padre; y respondió el niño, que nó era el obispo, sino un vil y desdichado hombre: y con esto se supo la verdad, y el obispo quedó con su honra, y la pobre mujer hizo penitencia de su pecado; y loaron todos al Señor. Una doncella principal, hija de un gran señor, habia dedicado su virginidad con voto, y tomado á Cristo por esposo; pero el padre hizo fuerza á su hija para que se casase. El día de las bodas, estando el convite aparejado, la doncella secretamente huyó de la casa de su padre, y se fué, como á sagrado, á santa Brigida. Siguió el padre á su hija con mucha gente de á caballo, para sacarla por fuerza. Viólos venir Sta. Brigida, é hizo la señal de la cruz en tierra, y luego quedaron los hombres, y los caballos, como si fueran de piedra. Reconoció la mano de Dios el padre: hizo penitencia de su culpa, y con esto quedaron libres; y la hija perseveró en su santo propósito. Vinieron dos leprosos á Sta. Brigida para que los sanase: ella hizo oracion, y echó la bendicion sobre un poco de agua, y dijoles, que el uno al otro se lavasen con aquella agua. El uno de los dos quedó limpio; y diciéndole la santa virgen, que lavase á su compañero, estuvo tan contento con la salud, que habia alcanzado, y tan temeroso de perderla, que no se atrevió á lavar á su compañero, porque no se le pegase la lepra: mas luego se halló lleno de ella, y vió á su compañero sano por la oracion de la santa virgen. Habia en el monasterio de Sta. Brigida una monja de buen parecer, y poca edad, muy fatigada de pensamientos sensuales, á los cuales ella habia dado ocasion, por haber puesto los ojos con poco recato en un hombre perdido. Crecia la llama de la torpe aficion, y el demonio, como suele, la atizaba, y no dejaba reposar á la pobre monja (tanto importa el guardar las puertas de nuestros sentidos, por las cuales entra la muerte en el

alma); y estando ya para caer, haciendo Sta. Brigida oracion por ella (porque el Señor le habia revelado lo que pasaba) la monja inspirada de Dios, tomó un poco de fuego; y con los pies descalzos le comenzó á pisar; y de esta manera con un fuego venció otro fuego, y con el dolor del cuerpo el ardor carnal, que le atormentaba. El día siguiente le habló Sta. Brigida, y le dijo: «Porque esta noche peleaste valerosamente y el fuego de la lujuria nó te acabó de abrasar; de aquí adelante serás libre de él, no caerás en el del infierno:» y con esto hizo oracion por ella; y luego quedó sana de las llagas de los pies, que le habia hecho el fuego, y libre de las tentaciones que la acosaban. Una virgen, que se llamaba Daria, era ciega: rogó á Sta. Brigida, que le echase la bendicion sobre sus ojos, para que viese: hizóla la Santa; y Daria luego cobró la vista perfectamente: mas alumbrada con otra luz interior, conoció que todo lo que podia ver en este mundo, era perecedero y caduco, y que muchas veces lo que vemos con los ojos del cuerpo, es embarazo é impedimento para el alma, y tornó á rogar á Sta. Brigida, que le restituyese su ceguedad. Hizo la Santa oracion, y con ella cerró los ojos, que antes habia abierto. Una matrona noble de Escocia tenia una hija muda de su nacimiento, y siendo de doce años, la llevó á Sta. Brigida: la cual, tomando de la mano la niña, la dijo: «¿Quieres por amor de Cristo guardar la pureza de tu cuerpo, y ser perpetuamente virgen?» Respondió la madre: que su hija era muda y no sabia hablar. A esto dijo la santa virgen: «Pues yo no la dejaré de la mano, hasta que me responda.» Luego habló la niña, y dijo: que haria lo que le mandase; y permaneció en virginidad, y de allí adelante habló perfectamente. Concertáronse nueve hombres de matar á otro: supolo Sta. Brigida, y rogóles, que no lo hiciesen, y que desistiesen de aquella maldad. Ellos estaban tan obstinados, que no pudo hacer mella, ni ablandar sus duros corazones: volvióse á Dios, y suplicóle, que atajase aquella ofensa suya; y el día que ellos iban á ejecutar su mal intento, vieron la figura de aquel hombre, que iban á matar, y creyendo que era el mismo hombre, dieron tras él, y diéronle muchas heridas, y dejáronle por muerto, y como victoriosos se fueron á Sta. Brigida, dándole cuenta de su gozo y triunfo. La Santa les declaró, que aquel que pensaban haber muerto, no era verdadero hombre, sino una fantasma, y sombra de su enemigo; y con esto ellos reconocieron su culpa, y enmendaron sus vidas. Otros muchos milagros hizo nuestro Señor por Sta. Brigida: muchos ciegos cobraron vista, muchos mudos habla, muchos leprosos y otros enfermos entera salud.

Por su oracion convirtió el agua en cerveza, y un rio caudaloso mudó su corriente, y echó por otra parte; y lo que es mas, muchos hombres perdidos, por sus santas amonestaciones dejaron sus vicios y pecados, y se recogieron al puerto de la santa religion, donde vivieron, y acabaron santamente en servicio del Señor. Finalmente, habiendo Sta. Brigida corrido su carrera felicisimamente, y padecido grandes trabajos por Jesucristo, su esposo; supo su muerte, y avisó de ella á una doncella, que ella habia criado, señalándole el dia en que habia de salir de esta vida, é ir á gozar de su Esposo, en cuyas manos dió su puro espíritu en la isla de Hibernia, el primer dia de febrero del año del Señor, segun Sigiberto, de 518, y segun Mariano Escoto, el de 521, imperando Justino, el mas viejo. La vida de Sta. Brigida escribió un autor, llamado Cogitoso, como dice el cardenal Baronio; aunque esta vida no está impresa. Otra trae Surio en su primer tomo, que es la que nosotros habemos seguido. Hace de ella mencion el Martirologio romano, y dice, que en testimonio de su virginidad, tocando el madero del altar, luego reverdeció, como dijimos. Tambien hacen mencion de ella los otros martirologios, de Beda, Usuardo, y Adon, y el cardenal Baronio en sus anotaciones y en el séptimo tomo de sus anales. ¿Pues quién no ve en esta vida de Sta. Brigida, virgen, las grandezas y maravillas de la bondad de Dios, que del pecado de sus padres sacó una joya tan preciosa, como esta santa virgen, y de una madre esclava, á la que habia de librar del cautiverio, y servidumbre del pecado á tantas almas? ¿Cómo pudo caber en tan vil, y frágil vaso de una niña esclava, tanta nobleza de condicion, tanto amor á la virtud y tan encendido deseo de la pureza virginal, que por no perderla, quisiese perder los ojos, y aquella belleza, con que las mujeres andan tan vanas y locas? ¿Cómo se ve, cuan suave, y benigno es el Señor para con los que le sirven; pues restituyó á Brígida la hermosa de su rostro, que para su bien, y por su ruego, antes le habia quitado? Y así no es maravilla, que la que tan bien habia sabido guardar su pureza virginal, y hacer de sí sacrificio á Dios, alcanzase con sus oraciones para con las otras doncellas el mismo don, y que librase al santo, é inocente obispo de la calumnia, que la mala mujer le habia impuesto; ni que Dios nuestro Señor haya obrado por esta santa virgen las maravillas que aquí quedan referidas. El sea bendito, alabado, glorificado, y ensalzado, por lo que es en sí mismo, y por lo que hace por sus Santos. Amen.

La Misa es en honra de S. Ignacio, y la oracion es la que se sigue :

O Dios todopoderoso, atiende por la intercesion de tu glorioso á nuestra flaqueza, y pues es mártir, y pontífice el bienaventurado Ignacio. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 8 del Apóstol S. Pablo á los Romanos.

Hermanos: ¿quién será capaz de separarnos de la caridad ó amor de Cristo? ¿Porventura la tribulacion, angustia, hambre, desnudez, peligro, persecucion, ó la misma muerte? Es cierto padecemos estas tribulaciones mortificados con ellas todos los dias, tratados como ovejas destinadas al matadero, segun está escrito en el real Profeta; pero de todas triunfamos por aquel Señor que nos amó. Yo estoy cierto, que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes celestiales, ni los males presentes, ó futuros, ni los honores, ni los desprecios, ni el infierno mismo, ni criatura alguna podrá separarnos de la caridad, ó amor de Dios en nuestro Señor Jesucristo.

REFLEXIONES.

¿Quién nos separará del amor de Jesucristo? ¿Deberían hablar otro lenguaje los cristianos? Cuando se conoce, cuando se ama á Jesucristo, ¿se pueden tener otros dictámenes? El aliento y la confianza son inseparables del verdadero amor de Dios. Amor que se estingue con las tribulaciones no es realidad, es apariencia de amor. Léjos de apagarse este divino fuego con los impetuosos vientos de la persecucion le hacen crecer mas. Al amor de Jesucristo sirven de cebo las adversidades. No debe temer las cruces. Los enemigos que propiamente ha de temer son la abundancia, las honras y los placeres. ¿Cuántas veces vencieron las dulzuras de la paz á aquellos mismos que triunfaron de los tiranos? ¿Qué consuelo, saber que nada me puede apartar de este divino amor, si yo no quiero! Solo debo desconfiar de mí mismo: nada debo temer sino al pecado.

¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Será la tribulacion? ¿serán las angustias? ¡Ah! que ellas sirven grandemente para nuestra santificacion: no hay cosa mas oportuna para es-

tenuar nuestras pasiones: son, por decirlo así, el contraveneno de nuestro amor propio. *¿Será la hambre? ¿será la desnudez?* Pero cuando se vé á Jesucristo nacer, y morir en pobreza, se la podrá mirar como trabajo, ó como desgracia? *¿Será el desprecio?* Pero como puede ser, mientras estoy oyendo que mi Salvador me acuerda que si el mundo me aborrece, primero le aborreció á él? En fin, *¿será la persecucion? ¿será la espada?* Pero quién ignora, que segun nos lo advierte el mismo Jesucristo, todos los que quieren vivir piadosamente, padecerán persecucion? Mientras el mundo tenga secuaces, mientras haya disolutos, mientras haya impíos en el mundo, la virtud será bien ejercitada; pero quién no sabe que la virtud se perfecciona en la adversidad, como el oro se purifica, se acrisola con el fuego? ¡Mi Dios! ¿cuando podremos decir con el Apóstol: *Estoy cierto, que ni la muerte, ni la vida, ni lo presente, ni lo futuro, ni lo mas alto, ni lo mas bajo, ni otra alguna criatura me podrá separar del amor de Dios?* Pero quién tendrá la culpa de que al presente no lo podamos decir? ¿Qué criatura puede presumir competencias con un Dios? Y cuando se trata de amar á todo un Dios, ¿qué objeto criado debe pretender que reparta con él mi corazon, mi estimacion, mi cariño? Dignidades, honras, riquezas, placeres, títulos grandes y pomposos que significais tan poco, ó tan nada; ¿podréis por ventura hacerme perder la amistad de mi Dios? ¡Qué locura! preferir un relámpago, una sombra de placer, y de un placer fugitivo, vacío, de un placer que se nos escapa de entre las manos, á una felicidad real, llena y eterna! Solo el amor de Dios llena al corazon; solo él le satisface. El amor de Jesucristo vale, y sirve por todo.

El Evangelio es del cap. 12 de S. Mateo.

En tiempo que Jesucristo enseñaba á sus discípulos su celestial doctrina, les habló con las siguientes palabras: En verdad os digo, que si el grano de trigo, que cae en la tierra, no muere, permanecerá él solo; pero si muere, producirá abundante fruto. El que ama á su

alma (segun las máximas del siglo) la perderá; y el que la aborrece (conforme al mundo) la guarda para la vida eterna. Si alguno es ministro mio, sígame, pues donde yo estoy, allí estará también mi siervo. Si alguno me sirviere, le honrará mi Padre que está en los cielos.

MEDITACION.

Del amor propio.

PUNTO PRIMERO. — Considera que no tenemos peor enemigo que á nosotros mismos. Nuestras pasiones, nuestro genio, nuestras inclinaciones viciosas, todo conspira á perdernos. Nuestro amor propio es nuestro suplicio. No es menester ir léjos para encontrar el verdadero principio de nuestras inquietudes: el origen de nuestras desazones, de nuestras pesadumbres, y de nuestras lágrimas está en el fondo de nuestro corazon.

Nuestras pasiones son nuestros propios tiranos, y toda la viveza, toda la lozania que tienen se la deben á nuestro amor propio. Amámonos demasiado; y de aquí proviene que seamos tan ciegos hácia el interés, tan ardientes hácia los placeres, y tan delicados en todo lo que puede lastimar aun ligeramente nuestro orgullo. Amámonos demasiado, y en esto consiste toda nuestra desgracia. Pero es amarse el perderse? Quien ama su vida la perderá. Este es el fruto de nuestro amor propio. No hay condenado que no haya sido el artifice de su perdicion, y esto solo porque se amó demasiado.

¿Qué vicio hay en el corazon que no esté, por decirlo así, alimentado á costa del amor propio? ¿Y qué facilidad no hallaría la virtud entre los fieles, si el amor propio fuera menos poderoso? El pecado no tiene mas miel, ni mas atractivos que los que el amor propio le presta. Por poco entendimiento, por poca religion que se tuviese se le miraría con horror; pero el amor propio cautiva el entendimiento, debilita la fe, y nos domestica con el pecado. ¿Podemos tener nunca mayor enemigo que temer? ¿Pero acaso le miramos como tal? ¡Mi Dios, y cuánta verdad es, que el que en este mundo aborrece su vida la asegura para la eternidad! ¡Cuánta verdad es, que el que entrega su corazon á los deseos desordenados; el que lisonjea los sentidos; el que pasa los dias de su vida en la delicadeza, en los regalos, en las delicias, pierde su alma! *Destierra del mundo el amor propio*, decia S. Bernardo, *y desterrarás el inferno.*

¡Ah, Señor! ¡y cuando dejaré yo de amarme tan á costa mia! Demasiadamente lo he hecho hasta aquí. Haced que me aborrezca, y entonces comenzaré á amarme verdaderamente.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que nunca se ama uno mas, que cuando se aborrece á sí mismo en el sentido del Evangelio. El mundo gusta poco de esta verdad; ¿pero será menos verdad porque no sea á gusto del mundo? Oigamos otra vez á la misma verdad eterna, que dice: *Que quien ama su vida la perderá, y que quien la aborrece en este mundo la asegura para la vida eterna.* ¿Qué hay que replicar á este oráculo?

Amarse uno á sí mismo es desearse bien: pues es muy cierto que ninguno se desea tan bien como el que mas se aborrece. Niégase entonces muchos gustos, muchas satisfacciones, es verdad: ¿pero hallaríase acaso una sola que no fuese contraria á nuestra salvacion? Mortificanse las pasiones; ¿pero hay alguna que no pueda sernos pernicioso? Tiénense á raya los sentidos; ¿pero por qué? porque están de inteligencia con el enemigo. Abrázase, llévase la cruz, pero no hay otro camino que guie á la vida. Esto es lo que se llama aborrecerse uno á sí mismo. ¿Y no es esto amarse verdaderamente? Vuelve los ojos hácia el ejemplo de todos los Santos; ¿qué te parece? ¿Andaba errado S. Ignacio cuando deseaba las cadenas, cuando nada temia tanto como ser perdonado de las fieras? Aborreció su vida en este mundo; mas por eso la aseguró en la eternidad.

¡Mi Dios! ¡y qué poco se aman los hombres del mundo, cuando solo suspiran por lo que los ha de atormentar, y los ha de perder! ¡Qué enemigo los pudiera hacer tanto mal como el que ellos se hacen á sí mismos! Ellos se sacrifican al mundo, que no es mas que un vano fantasma, hasta abreviar sus dias, y hasta vivir en perpetua amargura. Cuidados infinitos, enfados mortales, crueles remordimientos, penas eternas, estos son los frutos naturales del amor propio. ¿Húbolos nunca mas amargos?

¡Ah, que las almas justas, los buenos, los piadosos se aman realmente con un amor propio mas fino, mas delicado, mas prudente y mas verdadero! ¿De cuántas pesadumbres, de cuántas miserias los libra su regularidad y su retiro? ¿Cuántas felicidades los produce su sabia mortificación?

Hasta este momento, Señor, no habia comprendido yo el verdadero sentido, el secreto, y toda el alma de vuestras palabras. Mi amor propio me tenia engañado: por mucho tiempo me ha tenido gimiendo, y reventando, sin advertir, ó á lo menos sin querer desengañarme de que él era el enemigo de mi quietud y de mi salvacion. Ya conozco hoy mi ilusion, y la detesto; bien resuelto con vuestra divina gracia á no amarme en adelante sino como se amaron todos los que hicieron profesion de ser vuestros verdaderos discípulos.

JACULATORIAS. — Ya no habrá mas delicadeza, ya no habrá mas amor propio: Vos, Dios mio, Dios de mi corazon, Vos solo le poseereis todo entero en adelante. (*Psal. 72.*)

Bienaventurados los que no aman otra cosa que á Vos, Dios mio, los que no hallan otro placer, ni otro gusto que en agradaros, y amaros. (*Tob. 13.*)

PROPOSITOS.

1 Inútilmente se conoce el veneno del amor propio, si no se aplica la precaucion, ó el contraveneno para librarse de él. Considera hoy el imperio que hasta este dia ha ejercitado sobre tí, y cuántas faltas te ha hecho cometer. La pereza en levantarse por la mañana, el nimio cuidado en librarse de todas las incomodidades del tiempo, cierta delicadeza refinada en la comida, un estudio importuno, y enfadoso en hacerse servir, una continua aplicacion á buscar todas las conveniencias, cierto fondo de sensualidad regalona, que se derrama en todas las acciones de la vida: todas son señales poco equívocas de nuestro amor propio. Examina cuales son aquellas en que caes con mayor frecuencia, y no salgas de tu cuarto sin haber hecho propósito á los pies de un Crucifijo de cortarlas, y de corregirlas. Apunta tambien las que en particular has resuelto mortificar en este dia.

2 El amor propio es muy sutil, sobre todo es ingenioso en eludir cuanto puede contradecirle, cuanto le mortifica y le violenta. No te contentes con conocer, y con condenar todo lo que le puede nutrir. Declárale la guerra desde este mismo punto, y no se pase el dia sin que hayas conseguido de él por lo menos alguna victoria. Para esto ves aquí lo que podrás hacer prácticamente. Primero: en este tiempo de invierno cierto fondo de delicadeza, y de regalo te inclina á estar siempre sobre la lumbre. Haz propósito de no arrimarte á ella sino despues de comer, ó si te apretáre tanto el frio que no puedas trabajar sin calentarte, que sea en pié, y muy de paso. Esta ligera mortificacion agradecerá tanto mas al Señor, cuanto es mas sensible y mas contraria al amor propio. Segundo: aunque la urbanidad y la cortesania son por lo comun efecto de buena crianza, se puede decir, que la inurbanidad y la groseria muy regularmente son obra de la inmortificacion y del amor propio. De hoy en adelante has de ser muy exacto en todas las obligaciones de la urbanidad, y de la atencion cortesana, no solo con los superiores, sino con tus iguales, y aun con los que son inferiores á tí. Hallarás el amor

propio como comprimido y violentado: murmurará, quejaráse de que se le vulneran sus derechos; pero tú hazte sordo á sus quejas, no hagas caso de sus murmuraciones, y presto conocerás, que de ordinario el ser desatento nace de no ser mortificado. Tercero: no pidas hoy á tus criados acto alguno de servidumbre, que no sea con paciencia y con dulzura. Si alguno es olvidadizo, tardo ó perezoso, sofoca los movimientos, los ímpetus de indignacion que te causa su negligencia, é imponte á tí mismo una como ley de hablarle con sosiego, y con tranquilidad. Algunas veces será mejor no reprenderlos, especialmente por descuidos leves, por menudencias, que contentar el amor propio corrigiéndolos con impaciencia ó con calor. Cuarto: ¿te han dado alguna desazon? ¿jugado alguna pieza? No solo no has de conservar resentimiento, pero ni hablar en la materia con el mayor amigo tuyo. Nútrese mucho el amor propio con esta especie de confianzas. Se le mortifica muy sensiblemente cuando se calla.

DIA II.

MARTIROLOGIO.

LA PURIFICACION DE LA BIENAVENTURADA VÍRGEN MARÍA, cuya fiesta llaman los griegos *Hypapante*, esto es, encuentro del Señor y de Simeon.

SAN APRONIANO, carcelero, en Roma en la Via Salaria, el cual siendo aun gentil, y sacando de la cárcel á S. Sisinio para presentarlo al prefecto Laodio, como oyese una voz del cielo que decia: «Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os está preparado desde el principio del mundo;» creyó y fué bautizado; y despues confesando á Jesucristo, murió degollado.

LOS SANTOS MÁRTIRES FORTUNATO, FELICIANO, FIRMO Y CÁNDIDO, tambien en Roma.

SAN CORNELIO, centurion, en Cesarea de Palestina, á quien el Príncipe de los Apóstoles S. Pedro bautizó y sublimó á la silla episcopal de aquella ciudad.

SAN FLÓSCULO, obispo, en Orleans.

SAN LORENZO, obispo, en Cantorbery de Inglaterra, el cual rigió aquella iglesia despues de S. Agustin, y convirtió al rey á la fe católica.

DE LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA, VULGARMENTE LLAMADA LA CANBELARIA.

La fiesta de este dia comprende dos grandes misterios. La Purificacion de la Santísima Virgen, y la Presentacion de Je-



PURIFICACION DE N. SEÑORA.